

licitaban ó esperaban ser sobrestantes de nuestros enemigos para ejercer algun mando sobre los esclavos patricios suyos? Esta perversidad solo se habia visto en las Regencias berbéricas, donde los que mandan y apalean á los cautivos cristianos, y les atan al remo, y les cortan los brazos sino bogan, son los renegados, aquellos que por tener algun mando sobre sus míseros compañeros, se desnudan de la religion de sus padres, del amor á su patria, y de todo afecto de vergüenza y humildad.

Alerta, españoles dexad que esos locos transpirenáycos os llamen bárbaros, con tal que os reconozcan temibles é inconquistables. Se quexaban de nuestros caminos, y de nuestras posadas: ojalá no hubiesen sido tan cómodos para recibirlos en ningun tiempo, ni en paz, ni en guerra, ni para que tantos jóvenes nuestros hubiesen podido pasar nuestra frontera! Posadas del Arabia, y caminos de cabras, les debiamos haber preparado; y en lugar de arrecifes espaciosos, barrancos y peñascos atravesados, para que no pudiesen correr la posta, ni rodar su artilleria. La civilizacion á veces mata á las naciones. Desde que el Duque de Saboya abrió un magnífico camino, rompiendo enormes peñas, dexó de ser el portero de Italia.

Españoles ilustres: Provincias que os honrais con este timbre glorioso, y que juntas formais la potencia española, y que reduciendo vuestras voluntades en una sola, haced para siempre invencible la fuerza nacional: union fraternidad, y constancia. Cada movimiento que os aparte de estos tres puntos es una brecha que abris al asalto de nuestro enemigo: no espera él mas victoria, y ésta no la puede alcanzar con sus armas, sino con nuestras propias manos. El astúto é insidioso Napoleon no duerme, y así desveláos en limpiar el sagrado territorio español de desleales, hipócritas, y desafectos á la causa comun. Nuestro Soberano está preso en la infiel Francia, más la Soberanía está libre en España. Su real palacio os espera, y aguarda que llegéis, Diputados de la union y autoridad suprema, para abriros las puertas que el luto nacional tiene cerradas.

que se abigilla y avisa ántes al obvio, así que se abre el

# CENTINELA CONTRA FRANCESES

---

PARTE SEGUNDA.

---

POR D. ANTONIO DE CAPMANY.



---

Impreso en Madrid; y por su original en México en la  
Oficina de Doña Maria Fernandez de Jauregui, calle Santo  
Domingo. Año de 1809.

CENTINELA  
CONTRA FRANCESES

PARTE SEGUNDA

POR D. ANTONIO DE CARMAY



Impreso en Madrid, y por su original en México en la  
Oficina de Doña María Fernández de Lamgo, calle Santa  
Domingo. Año de 1809.

CENTINELA  
CONTRA FRANCESES  
PARTE SEGUNDA

Vuelvo á tomar la pluma, amados lectores, mas de agra-  
decido que de confiado. Bien sé de mí que no habia di-  
cho todo lo que podia, ni todo lo que exigia la impor-  
tancia del asunto, ni con toda la vehemencia de que era  
capaz mi indignacion. No quise extenderme á mas pá-  
ginas, temiendo me juzgaseis por pesado, y presumido,  
pues no ignoro que en esta hambre general de devorar  
papeles habriais de estimar las rápidas pinceladas de una  
mano libre, mas que quadros acabados. Así lo executé, no  
sé si con felicidad, persuadido de que satisfacía lo que  
debo á la patria, y á la reputacion que hasta aquí me  
ha dexado gozar pacíficamente el favor de las gentes.

Pero la presteza con que se ha despachado la pri-  
mera impresion, y el ansia con que se busca la segun-  
da; me han alentado á vestir con nuevos colores y real-  
ces la materia, que es de suyo inagotable. La buena aca-  
gida que la *Centinela* os ha merecido, me obliga á cor-  
responderos con una segunda parte, manifestándoos mi  
agradecimiento con esta nueva muestra de la llama que  
abriga mi pecho. Esta la siento como inextinguible has-  
ta mi muerte, por que es la que me sustenta la vida, y  
conozco que me la alarga. Mi escrito, sin esperar lo yo,  
se ha hecho célebre: esto es una fortuna, que no siempre  
suele acompañar al merito. ¡Ojalá produzca el fruto que  
yo me propuse, exáltando los ánimos sanos y generosos,  
y encendiendo los cobardes!

Busco, y no hallo, qual sea la causa de tan gene-

2  
CENTINELA  
ral aceptación. Si es mi nombre, me abochorno; si mi osadía, me honro con ella; si mi estilo, jamás he tenido otro: si las verdades que inculco, éstas tienen su peso en sí mismas; si la libertad que anuncio, ésta siempre la he amado, sin poderla pregonar con la lengua, estando siempre en mis labios, hasta esta época dichosa. El público sabrá mejor que yo donde está el punto, y la sazón del condimento. Yo solo puedo decirle: que quando escribo cosas tan peregrinas y terribles, no me acuerdo de mí: la imaginación anda como la rueda en un molino, el corazón quiere salirse á la calle á predicar sin pedirme licencia, y no sé donde está mi cuerpo. Y así ruego al público que se saborée con mi papel, pues no le ha desagradado, y que lo reserve como plato nuevo que se servirá en la sagrada mesa de la patria en el día del gran banquete de la libertad nacional. Ruégole también que no se acuerde de mí sino para mandarme en servicio del bien común. Leed el libro, y no busqueis el autor; no soy yo el que hablo, sino un espíritu que no tiene nombre, aunque tiene patria.

En esta segunda parte, como en la primera, he huido de prolixas narraciones de sucesos que todo el mundo sabe, y que entre todos los papeles impresos de estos últimos tiempos se han repetido. He tratado de mover al lector antes de persuadirle: así huyo de lugares comunes, de sentencias sutiles, y de puntos de controversia política. No formo opinión para ganar la del pueblo: fundo si la razón, que no es de nadie y toca á todos. „ Quien quisiera „ apartar al vulgo de sus opiniones, dice Don Diego Saavedra, „ con argumentos, perderá el tiempo, y el trabajo. Ningun „ medio mejor que hacerle dar de ojos en sus errores, y que „ los toque. „ Lo mismo pretendo yo hacer con el común de los lectores: quiero que palpen con sus propias manos los males y los peligros. De estos hay algunos que no se conocen, y son los mas irremediables, por que llegan primero que el remedio.

Dexo á los discursistas políticos del día el empeño de disertar sobre bases, principios, elementos, y derechos

3  
de la autoridad que nos ha de regir y salvar. Lo que nos ha de salvar es la unidad, la union, y la comunión de los fieles españoles: un poder conocido, y reconocido. Legal es todo aquello que la extrema necesidad nos obliga abrazar; y legítimo, todo aquello que la voluntad general desea, aprueba, y consolida sin intervencion de manos extrangeras. No es momento este de disertar, sino de pelear. Dexémos á los ociosos, enamorados de su ciencia, ó de sus especulaciones sociales, que se hilen los sesos en organizar el mejor gobierno, allá en su imaginación, y en silencio. Tratémos todos ahora de qual será la mejor guerra, que es nuestra primera obligación, y el mayor peligro, que no da plazos al discurso, pues viene por la posta. Este es el negocio supremo en que deba ocuparse nuestras cabezas y nuestras manos.

Me acojo otra vez á nuestro Saavedra para el caso presente, por no salir de España, donde escribe: „ El „ decir verdades, mas para descubrir el mal gobierno, que „ para que se enmiende, es una libertad que parece adver- „ timiento, y es murmuración; parece zelo, y es malicia. „ No pienso yo tan siniestramente de todos los escritos anónimos que han corrido en el público. En todos respira patriotismo, y en algunos desacompañado de prudencia. En todos se descubre grande amor á la libertad; mas sin que podamos distinguir qual es el significado que aplican á esta voz, lo mismo que á la de independencia. Son palabras favoritas de todos; pero me espantan en esta ocasión. Quiero conceder á todos mejor nombre. Y volviendo la espalda á la corte, y á los cortesanos; tiendo la vista á otras tierras, en donde la sencillez y pureza de los sentimientos naturales obró el primer prodigio de nuestra defensa, y continúa, sin discursos ni teorías, trabajando para la redención de España.

¡O ilustres y valerosas provincias! ni los libros, ni los políticos, ni los filósofos, os enseñaron la senda de la gloria. Vuestro corazón os habló, y os sacó del arado y de los talleres para el campo de Marte, y os dixo: san-

4  
gre generosa, sangre española (para que la conservo en vuestras venas, sino para derramarla en defensa de la Patria, que os dió el ser y juntamente el valor? Vosotros, ciudadanos pacíficos que dormiais en el profundo sueño de la esclavitud en que os tenia adormecidos años hace el terror del tirano, levantásteis el grito de la guerra sin necesidad de caxas ni de clarines; y os armásteis antes de tener armas. El acero estuvo en vuestros pechos primero que en vuestras manos. Ya hemos visto despues que vuestro corazon está casado con vuestra espada, y que es casamiento de amor, y no de intereses viles: sea para siempre indisoluble.

Vosotros habéis hecho ver ahora al mundo que el pueblo es la nacion, pues de su masa sale todo: el sacerdote, el magistrado, el guerrero, y hasta la sabiduria. A él no le pueden engañar ni desalentar la perfidia, ni la cobardía de los traidores públicos quando vé con sus propios ojos el peligro y la traicion, y se siente con ánimo y fuerzas para arrostrarlos.

Me inclino á creer, y sírvame por ahora de lisonja y de consuelo, que no contribuyó poco para avivar la lumbre natural en la mente del pueblo el largo yugo que habia sufrido. Los escándalos y monstruosidades que llegaban á los oídos de unos, y á los ojos de otros para mayor tormento, le acostumbraron á raciocinar, sin necesidad de los estudios de Condillac, de puro exercitado en la murmuracion, que es el pasto ordinario en los malos gobiernos. Reprimíais vuestros suspiros al paso que crecian vuestros agravios, por que crecia al mismo compás el temor del poder airado. En fin el enojo desplegado en Aranjuez contra Godoy, os entreabrió una puerta á la esperanza, y el funesto dia dos de Mayo, memorable en los fastos de Madrid, y en los anales de nuestra nacion, os la abrió de par en par á la venganza, que no pudo desahogar su vecindario contra sesenta mil facinerosos armados que le tenían sitiado.

Desde entonces jurásteis, y lo habeis cumplido, el

5  
eterno voto de vengar las atroces muertes que padecieron á las bocas de los fusiles franceses vuestros indefensos hermanos, á quienes no les concedió la fortuna la dicha de morir peleando: última satisfaccion en aquel postrero y desesperado trance. Perecísteis, desventurados habitantes de Madrid, á manos de vuestros enemigos, atados como corderos, con el desconuelo de no entender vuestras quejas y clamores los mismos que os condenaban, ni los que os habian de quitar las vidas; ni vosotros las fatales y breves palabras de vuestra sentencia, por la ignorancia del idioma: ¡terrible y nunca experimentada aficcion! Era tal la precipitacion del juez y del verdugo, que alguna vez llegaron á vuestros oídos la condena y los tiros á un mismo tiempo, sin permitirlos la turba é inhumanidad de aquellos impios la consolacion de morir como católicos; pero ¿qué importa, si moríais mártires? Dabais voces como cristianos, y los descreídos hijos de Napoleon, no las escuchaban; más el cielo las oía. Aumentaba la obscuridad de la noche vuestra aficcion y desamparo, para que no tubieseis el consuelo de volver la vista á vuestros hogares, regados de lágrimas de vuestras esposas, padres, hermanos, y amigos en el momento mismo en que ibais á regar con vuestra sangre el Prado que habríais paseado alegres el dia antes: pero los Angeles os veian, y pedian á su Señor y al vuestro el desagravio de la inocencia sacrificada. Y el Señor dixo: yo os vengaré; y ha cumplido su palabra.

Para conseguir la verdadera independencia de nuestra nacion por los siglos de los siglos, es preciso comenzar por la reforma de nuestras costumbres, no solo como cristianos, sino como políticos. Enmendémonos primero nosotros antes de querer enmendar el gobierno. Leyes tenemos para hacernos mejores, y las que nos faltan para no temer la tiranía y la invasion, se hallarán en la sabiduria y provision de los que la nacion elija para conservar su poder, su gloria, y su perpetua seguridad.

Corrijámos nuestras costumbres volviendo á ser españoles de chapa, y de calzas atacadas, para que no pue-

dan venir los franceses á azotarnos como á niños de escuela. Mudemos la piel vieja, que en cierta gente muy leída aun huele á francés; más ésta ha de ser obra de nuestras manos. Tratémos de hacer todo lo contrario de lo que hacíamos, desnudándonos con un santo corage de todos los hábitos que nos habia introducido el pestífero exemplo de los que eran y han sido siempre nuestros enemigos. Empecémos esta patriótica empresa purificando primero nuestros labios, y despues nuestro corazon: voy á explicar mi concepto.

Si tarda mas tiempo en venir nuestra redencion, gracias á la agresion de nuestros pérfidos aliados, no solo se acabára de estragar la lengua española, sino que se hubiera acabado de todo punto con el refuerzo de gavachos que venian á sentar sus reales en nuestra casa como en la suya propia: pues no solo se habia alterado la índole y frase, mas tambien el vocabulario castellano, con la pestilencia de tanto traductor jornalero, y de la adulterina parla de tanto jóyen que volvia de la romería de París transformado en arlequín. Sin embargo, aun vivia la pobre vieja, á pesar del continuo garrrote que le daba años hace la cultísima juventud de ambos sexôs. Napoleon, que todo lo quiere renovar, no se acordó en su plan de regeneracion sino de la vejez de nuestra monarquía, y no de la lengua, que no es menos vieja.

No se palpaba la disonante y afectada extrangería solo en el habla; sino tambien en el tono, en la accion, en los modales, y en todos los accidentes del trato civil. ¿No vimos pocos años hace, convertidos en monos de los franceses, raparse de repente nuestra juventud como motilones hospicianos, por no tener ni un pelo de español? A lo menos en aquellos tiempos que nuestros abuelos se atusaban habia hombres de bigôte; y en estos últimos? hombrecillos, que no parecian hombres, ni mugeres. Todo estaba trocado ya: á ellos apenas les habia quedado cara, y ellas andaban descaradas, y tómenlo en uno y otro de los sentidos. Hasta la mantilla se habia perdido.

pues ya no era toca, ni velo, habiendo sido en sus principios manto, que solo ha quedado para imágenes. Ya no habia saya, ni basquiña, sino sotana de clérigo emigrado: nuevo artículo, y nueva ganancia para las mismas modistas francesas que hasta el género traian de su tierra, y la seda, y el hilo, y la aguja con que cosian. Estas costureras contrabandistas, pues comian á dos carrillos, iban extendiendo á la calle su jurisdiccion, que antes no pasaba de los coches y de los estrados. Antes nuestras mugeres les habian entregado solo las cabezas á su capricho; y despues se entregaron todas desde la cabeza hasta los pies. Dentro de poco les traerian los zapatos.

De las señoritas del buen tono no digamos quán mudadas estaban: por que ya no hablaban, ni suspiraban, ni enamoraban como sus madres. Parecian ellas, como sus obsequiadores, traídas á España, no nacidas en su suelo: y para persuadirlo al público, habian puesto tanto esmero, que hasta el andar nacional habian perdido, aquel paso firme y ayroso, por imitar el de las francesas, que parece se van pisando las tripas.

Si volvemos la consideracion á cosas mas serias, veremos mayores trastornos en las ideas morales con mayor dolor, y con mayor escándalo. Los esposos se llamaban amigos, aunque no lo fuesen, por no darse los nombres propios de marido y de muger, que huelen á gente ordinaria, y no son de la reciente cultura del buen tono. Los padres y los hijos se llamaban tambien amigos y se trataban como tales: y lo mas fino de la urbanidad y filosofía sentimental, era dexarse aquellos tutear por escrito y de palabra de niños de diez y de quince años, y un poquito mas arriba. A este paso la palabra de cortesana amistad iba usurpando los derechos y rompiendo los sagrados y antiguos vínculos del amor conyugal, del amor paternal, y del respeto filial.

Tampoco habia ya niños, ni niñas, muchachos, ni muchachas; sino que se les habia de llamar jóvenes á la

francesa, aunque acabasen de salir del cascarón. Al padre se le había de llamar *papá*, y á la madre *mamá*, aunque los hijitos pudiesen ya padrear, por ser una de las reglas de delicada crianza, que articulasen como mamones, e inocentes, muchos que no tendrían pelos en la lengua. No hace muchos días que en una calle me encontró cierto joven, que pasaba de los veinte, educado á la perfección, que me dixo: papá me ha encargado le hiciese á Vm. una visita; y yo, como admirado, le dixi: ¡que! ¿ha muerto su padre de Vm.? Creo que me entendió, aunque se hizo el desentendido. No quisiera hablar aquí de las gesticulaciones, y cortesías á lo galápago, metiendo y sacando la cabeza por entre los hombros, en que se habían exercitado nuestros mozos pulidos, y otros que, sin serlo, les querían imitar. Eran tan esmerados algunos en los movimientos de cabeza para saludar, ya baxando ya levantando las orejas, que me parece veía las cabezas de los gatos de yeso que venden los Grisones. Ya no se saludaban con la mano, sino con los dedos. ¡Que economía de tiempo, y de trabajo, si fuese para emplear mejor el sobrante! ¿Si se saludarían así los lacedemonios, que eran escasos de todo, hasta de palabras? En esta marcial moda nadie ha perdido mas que las señoras mugeres, que olvidadas de su sexó y del respeto que se les guardaba en otro tiempo, se han dexado tratar como varones, las matronas, y las doncellas. Nada habrán ganado sus costumbres con esta familiaridad á lo filósofo, ó sea á lo quákero.

Hablo de estos disvarios como de pecados pasados: los llamo pecados, por que también pecan contra la patria los que se olvidan de ella. Lo miro todo como cosas que fueron, y no son, pues no puedo resolverme á creer que continúen: quiero contemplar á los dos sexós enmendados y arrepentidos. Vestid al revés de los franceses, de qualquier modo que os parezca contrario, aunque sea á lo moro, á lo turco, ó á lo persiano.

¡Dichosos vosotros, españoles del campo y de las aldeas, en donde no había entrado semejante corrupcion,\*

ni por los ojos, ni por los oídos, pues no habeis degenerado del carácter, trage, y lenguaje de vuestros abuelos, y del amor heredado á la tierra que os vió nacer, y os verá morir! Ahora lo habeis manifestado con vuestro valor y el desprecio de la vida, arrojando de vuestra vista á los ladrones de vuestros bienes, honras y familias. ¡Dichosos también los Monges y los Frayles, que observantes fieles de su regla, gastan siempre la misma ropa, el mismo trage, el mismo color, y el mismo corte; sin temer los estragos de la inconstante y costosa moda; que á los del siglo nos desnuda quando nos viste! ¡Dichosos, en fin, los musulmanes, que obligais á los veleidosos franceses á que arreglen los colores, la calidad, y el tiro de los tejidos que os envían de sus fábricas, á vuestro inalterable uso y sistema de vestir! Solo vosotros les habeis atado las manos á sus invenciones.

Dexo de ponderar aquí los daños que han hecho, no solo á nuestra lengua y modo de pensar, sino también á las costumbres, las malditas novelas francesas, ya traducidas, ya originales, que corrompen los corazones con capa de fortalecerlos en peligrosas luchas, y quemar por donde pasan sin verse una chispa. Entre los personages siempre sale un Marqués, un Conde, una Condesa, un Barón, una pupila, un tutor, un tío, que va ó viene de los baños. En todas partes se presenta chimenea, sofá, fortopiano, aunque sea en una aldea, ó en la casa de un Baquero. El desayuno es thé, ó café con leche: las escenas son siempre en una quinta de recreo; y siempre hay jardines, fuentes, ó sauces llorones adonde va á llorar sus cuitas la señorita. Los amantes van y vienen en silla de posta, y las amadas también, pues nunca les falta una tia, ó la hija de la nodriza, que las acompaña. Siempre aparece un Coronel, ó un Capitan, ó un mayor calavera, que enamora, seduce, ó echa mano al sable, ó á la pistola. Tales comparsas nunca hemos tenido, ni tenemos por acá, ni nuestros ojos están acostumbrados á estos objetos. El

ro  
clave entre nosotros sería una guitarra, el desayuno chocolate, ó huevos fritos, el jardín es huerta de berzas y pimientos, la fuente un manantial rústico, y la quinta es venta. La señorita no es señorita, sino doncella: no toma silla para huir, sino que monta á las ancas del jaco de su amante, que suele ser un D. Felix, ó un D. Diego á secas. No pretendo sacar exemplos de virtud ni de unas ni de otras historietas; bien que en el mayor recato de las extranjeras está escondido el mayor veneno; además de que los caracteres, las situaciones, y el lenguaje disuenan en gran manera de nuestros hábitos y usos. Ya empiezo á ver la aurora de la restauración de la legítima locucion castellana, y aun de la eloqüencia, segun se manifiesta en algunos de los escritos patrióticos de este tiempo de libertad: por que, con mas ó menos ornato y valentía, todos son producciones de propio numen, y no traducciones, ni imitaciones del francés, adonde nadie habrá ido á tomar modelos en este género. ¿Qué será quando el talento se vaya desentumeciendo del duro peso de las cadenas que acaba de soltar? No quiero extenderme aquí á todo lo que pide la reforma de los abusos introducidos en nuestra lengua hasta desagavacharla enteramente. El diccionario hispano-galo compondría un buen volumen, y lo dexo para otra ocasion, si el cielo me la concede. Por ahora deseo ver desterradas las palabras *asamblea, bello-sexò, detallar, organizar, requisicion, seccion, resultado, autoridades constituidas, agentes del gobierno, funcionario público,* y hasta la de *regeneracion*, que tantos suspiros nos cuesta, no siendo en estilo místico; ni tampoco *arma* por tropa. La misma voz *central*, aunque castellana, me incomoda, solo por verla usada en Francia para establecimientos políticos y literarios de su loca revolucion. Además en español no recibe esta voz la acepcion que se le quiere atribuir en el significado de principal ó capital.

Aquí me hallo atascado, sin saber por donde echar á pasear mi fantasía: todos son monstruos de diferentes figuras, que me salen al encuentro: por todas partes me

asaltan horrores: y escándalos que no conocieron los siglos. Cierro al fin los ojos, y arremeto otra vez con Godoy, á quien el nobilísimo Emperador abriga, y trata de Serenísimo Príncipe, para hacernos con este nuevo insulto un género de guerra. Consérvele todos los títulos, y honores que quiera, y dispénsele otros de nueva invencion, hasta el de Sátrapa; que aquí le conservaremos sus sueldos, emolumentos y estados hasta que vuelva á edificarlos con sus consortes.

Bien quisiera, y podria yo, internarme en el laberinto de este minorauto; pero ¿quién me daría el hilo, ó las alas para salir á puerto de claridad? Su vida secreta está tan íntimamente unida con la de personas demasiado conocidas, que el recato y el respeto nos manda cubrir por ahora con un denso velo. Solo podré decir, por via de suplemento al bosquejo que tengo hecho de ese traydor, y archipirata, que su despotismo, disolucion, é insolencia, sostenidas por los mismos á quienes ofendia de lleno, y sufridas diez y ocho años seguidos por doce millones de españoles, no tiene exemplar en las humanas ni divinas letras. Los privados, cuyos crímenes ocupan algun lugar en la historia, ó fueron víctima del pueblo, ó del poder de sus rivales, ó del enojo de los Príncipes desengañados: y así casi todos murieron en un cadahalso. Pero este malvado, burlandose de la autoridad soberana, y del respetable nombre de la nacion; no ha conocido la vergüenza, ni los remordimientos, y ha sobrevivido á sus delitos, amparado de otro mas vil y delinqüente que él, y mas poderoso.

¡O vosotros Guardias de Corps, los mas ofendidos de este ingrato tirano, compañero vuestro quando era hombre ¿por qué le librásteis del furor popular en aquel dia memorable de Aranjuez, quando cayó vivo en vuestras manos? Quisisteis obrar como humanos y como caballeros con un cobarde reo, que ni era hombre, ni caballero. ¡Pereciera en aquel momento, ya que el cielo parece le tenia destinado á la venganza nacional tantos años repri-